



Julio César Carrión Castro

# Pedagogía y Regulación Social

- Vigencia de Auschwitz -

PEDAGOGÍA Y REGULACIÓN SOCIAL  
- Vigencia de Auschwitz -

© Julio César Carrión Castro  
1ª edición: septiembre de 2005  
Tiraje: 1.000 ejemplares

Diseño y diagramación: Leonidas Rodríguez  
Impresión: El Poirá Editores e Impresores S.A.

**PEDAGOGÍA Y REGULACIÓN SOCIAL**  
**- Vigencia de Auschwitz -**



**JULIO CÉSAR CARRIÓN CASTRO**

**PEDAGOGÍA Y REGULACIÓN SOCIAL**  
**- Vigencia de Auschwitz -**



## Índice

Introducción .....	13
La servidumbre voluntaria y la banalidad del mal .	18
Acerca de la historia de los sujetos sometidos .....	23
Desde la ascética y la mística .....	26
Desde lo laboral y productivo .....	30
Poder y espacio .....	32
Poder y tiempo -El rigor del reloj- .....	34
De la disciplina a la regulación .....	36
El control del individuo y el control de las masas .	40
Crisis del modelo fordista y keynesiano .....	45
La reorganización capitalista .....	47
La adecuación pedagógica bajo el nuevo capitalismo .....	51
La escuela-empresa y la movilización total .....	54
La pedagogía de la exclusión y del olvido .....	60
“La democracia ennoblecida” .....	64
Consideraciones finales .....	72
Bibliografía .....	77



**PEDAGOGÍA Y REGULACIÓN SOCIAL**  
**- Vigencia de Auschwitz -**



Cualquier debate sobre ideales de educación es vano e indiferente en comparación con este: que Auschwitz no se repita. Fue la barbarie, contra la que se dirige toda educación.

*Theodor Adorno*



# **PEDAGOGÍA Y REGULACIÓN SOCIAL**

## **- Vigencia de Auschwitz -**

### **Introducción**

La barbarie del nazi-fascismo, expresada de manera contundente en los campos de concentración y de exterminio, no fue ningún acontecimiento singular, sino la lógica consecuencia de un largo proceso, de una vieja tradición cultural, que simplemente alcanzó una mayor efectividad en los mecanismos de exclusión y muerte, al incorporar la ciencia y la tecnología al servicio de sus designios políticos, como nunca antes lo había logrado.

No se trató de una abrupta irrupción del “mal” en el devenir histórico, sino de su cotidiana permisividad y aceptación; del más absoluto consentimiento del horror por parte de los hombres corrientes, de una ciudadanía aletargada, incapaz de réplica o confrontación, porque había sido preparada para cumplir con unos comportamientos colectivos preestablecidos por modelos pedagógicos y educativos centrados en el control y la regulación poblacional. Los investigadores alemanes Alexander y Margarete Mitscherlich (1973, 29) al establecer un análisis pormenorizado acerca de los fundamentos del ascenso

del nazismo en Alemania, han dicho: *Nosotros estuvimos muy de acuerdo con un gobierno que supo establecer de nuevo un vínculo entre ideales típicamente alemanes y el sentido de nuestra propia identidad: se nos daba allí la oportunidad de exhibir de manera uniformada nuestro propio valor personal. De repente aparecieron (...) unas jerarquías de autoridad claramente articuladas. La precisión de nuestra obediencia quedó probada de modo conveniente, y a la voluntad casi ilimitada de mostrarnos dignos de las esperanzas del Führer le fue lícito entregarse al desenfreno.*

La ideología nazi se asentó cómodamente entre las clases medias y las masas populares, porque éstas estaban previamente preparadas para ello por una definida predisposición forjada tradicionalmente por la pedagogía del rigor, de la obediencia acrítica y del odio al otro: *lo que hizo tan invicta la ideología nazi fue precisamente la fuerza de convicción que irradiaba de ella, ya que en muchos aspectos (por ejemplo en lo tocante al deber de obediencia) podía invocar ideales del yo formados con anterioridad. Esta específica predisposición grupal para la sobrevaloración de sí mismo y para la intolerancia contra los otros fue la que ayudó a vencer todos los reparos* (Ibidem).

No se trata de mostrar exclusivamente el caso alemán, es preciso indagar la genealogía de un proceso histórico que se remonta a los comienzos mismos de esa intención de formar los “sujetos sometidos” y que se extiende, por supuesto, a los orígenes del sistema escolar. Y es que la escuela surge como una ins-

titución establecida con el propósito de socializar y regularizar a los individuos, según los patrones de comportamiento fijados por los grupos que ejercen la hegemonía cultural e intelectual en una sociedad determinada. Comportamientos ligados, en lo fundamental, a las exigencias de los procesos productivos y que buscan, en todo caso, la homogeneización y la uniformidad de los sujetos.

En esta época de general globalización del modo de producción capitalista, podemos señalar que desde siempre -velada o abiertamente- el principio de rendimiento economicista ha acompañado los procesos educativos, hasta convertir estas actividades en simples mecanismos de regulación y de control -desde el encierro, la clausura y el autodesprecio de los sistemas educativos más tradicionales, hasta la contemporánea instrumentalización de la educación alrededor de la competitividad, la flexibilidad, los estándares de calidad y el mejoramiento del “capital humano”, que promueven las modernas tecnologías pedagógicas-, sólo se busca la reducción de los individuos a los intereses de la productividad.

Es largo el camino recorrido por las acciones inhumanas que presuntamente persiguen el establecimiento de valores trascendentales como la libertad, el orden o la justicia. A nombre de Dios, de la razón, del Estado, de la raza, de la clase social o del mercado, se han perpetrado los más horrendos crímenes

contra la humanidad. Como lo expresara Walter Benjamin: “todo documento de la cultura es también un documento de la barbarie”. No hay que olvidar las huellas de dolor dejadas por los humillados, vencidos y oprimidos de todo ese largo proceso de construcción de la “civilización, máxime ahora cuando sabemos que la tan elogiada globalización se asienta en el cotidiano drama de la exclusión y la marginalidad de las inmensas mayorías. No podemos seguir aceptando que el sufrimiento y el dolor de las masas, del pasado y del presente, siga siendo el precio que hay que pagar por una supuesta felicidad futura. Paralelamente a la globalización del mercado, que hegemonizan los países opulentos, se han globalizado la miseria y la exclusión.

Auschwitz ha sido el escenario principal de la mayor reificación del ser humano, de su conversión a “nuda vida”. Los grandes logros de la ciencia y la tecnología, particularmente de la biomedicina contemporánea y de todos esos mecanismos comunicacionales y de control poblacional, que constituyen la biopolítica moderna, apuntan, precisamente, hacia la universalización de los principios de Auschwitz.

Pero tenemos que entender, también, que el sistema educativo comporta, además, -siempre ha comportado- un ambiente de reflexión, de crítica y de discusión en torno a los quehaceres de la escuela y a

las imposiciones de los sectores dominantes. Precisamente la pedagogía ha sido ese conjunto de expresiones críticas y alternativas, respecto del acontecer educativo, las cuales se formulan desde las más variadas y disímiles concepciones políticas e ideológicas.

Frente al proclamado paradigma tecnológico en educación, se debe rescatar una nueva opción, una pedagogía de la memoria que se sustente en la narración y el testimonio de los pueblos vencidos. Como lo establece el profesor Joan-Carles Mèlich, de la Universidad Autónoma de Barcelona (2000, 135): *A partir del Holocausto se descubre que lo humano no se halla ni en la razón, ni en deber, ni en la sociedad, ni en Dios, ni en el yo. Lo humano se halla en el Otro, en el otro ausente en el relato, en la respuesta del lector al otro, en la relación que el lector establece con el Otro (...)* Frente a la historia contada por los vencedores -en la cual siempre está ausente el otro, el vulnerable, el oprimido- y que, como lo señala Bertolt Brech en su poema *Preguntas de un obrero ante un libro* (1978, 28-29), contiene “una victoria en cada página”, nos muestra “un gran hombre cada diez años” y nos abruma con sus colosales hazañas y monumentales obras (imposibles de lograr, en todo caso, sin la participación de esos seres humanos sometidos; sin los esclavos, sin los siervos, sin los obreros...) Hay que restablecer el saber, el sentir, el punto de vista y el reclamo de los vencidos: La narración y el testimonio de los olvidados, de los supervivientes de

estas empresas de muerte, porque constituyen la base de una nueva ética y de una nueva pedagogía, la pedagogía de la alteridad, del respeto por la diferencia y de la hospitalidad y la acogida del otro (Cf. Mèlich 2000).

A la pedagogía de la exclusión y de los campos de concentración habrá que responder, no solamente con una *Pedagogía del oprimido* que convoque a la “concientización”, como lo exigiera Freire, sino con una pedagogía de la autonomía, de la indignación y de la resistencia. Construir una cultura, y una pedagogía, de la memoria, no sólo para que la historia no se repita, sino para que se haga justicia a las víctimas (Reyes Mate 2003, 10-11).

### **La servidumbre voluntaria y la banalidad del mal**

Theodor W. Adorno (1969, 80-94) ha planteado que cualquier discusión referida a los ideales de la educación es vana e indiferente, frente a la exigencia de que Auschwitz no se repita. Pero sabemos que la barbarie persiste porque aún están presentes las condiciones que la han hecho posible. El genocidio hunde sus raíces en la propia conformación de lo que conocemos como “civilización”. La barbarie siempre ha marchado ligada a la racionalidad occidental y a la ideología del “progreso”.

Pese a la derrota del nazi-fascismo el horror perdura en el mundo contemporáneo porque, como lo estudiara Hannah Arendt (1999), nuestros tiempos se caracterizan por imponer a los individuos una total incapacidad de juicio y por establecer en las sociedades un colapso moral que llevó a una generalizada trivialización del mal. Nos encontramos en una época y en unas sociedades en que las personas han sido despojadas de toda autonomía y de las posibilidades de entender las consecuencias éticas de sus actos, sometidas en gracia de pragmatismo, a la más abyecta “servidumbre voluntaria” frente a las autoridades.

De esta situación, de la creciente deshumanización, del vigor político que tiene la barbarie y del imperio de la *banalidad del mal*, dan cuenta no solo los procesos de ascenso y consolidación del fascismo y el nazismo, las dos guerras mundiales con los bombardeos indiscriminados sobre la población civil, la concentración y eliminación administrada de millones de seres humanos y el sinnúmero de constantes y cotidianos ataques sobre los pueblos del mundo, sino los más recientes hechos, que en todo caso corroboran la vigencia de dicha *banalidad del mal*. Por ejemplo, en los eufemísticamente denominados *Centros de control y de reeducación* (que administra el ejército norteamericano a nombre de su gobierno -el IV Reich- en los territorios ocupados de Irak, particularmente en el campo de prisioneros de Abu Ghraib, o en el más cercano enclave

colonial de Guantánamo) los principios establecidos en los campos nazis, se reiteran, con el maltrato, los abusos y las torturas, que ahora se presentan ante el mundo como si fuesen simples formas de diversión y entretenimiento por parte de las tropas. Susan Sontag (2004) ha escrito que por parte de la llamada “opinión pública”, hay una creciente aceptación de la brutalidad y del horror impuestos por este “nuevo imperio carcelario internacional”, como una continuidad de lo que preludiaran los regímenes de Mussolini y Hitler

El general condicionamiento del ser humano, su total encadenamiento al círculo diabólico de la producción y el consumismo, la reducción de la vida a la mera sobrevivencia (tal como ocurre en todos los arrabales, zonas tuguriales, favelas y villas de miseria de las grandes urbes) y la movilización total de las personas a favor de sus “dirigentes”, se expresa en lo que tan propiamente llamara Michel Foucault (2001) el *bio-poder*. Un asunto de regulación generalizada que significa poder sobre los individuos y poder sobre la especie humana, que puede llevar, como efectivamente ha llevado, no sólo al control total de la población, sino al exterminio colectivo, lo cual tiene antecedentes ligados, por supuesto, a la racionalidad occidental.

Primero fue -establece Foucault-, el inicial control del cuerpo y del gesto, el rigor, la disciplina, el encierro; luego el control poblacional, el fichamiento, la higienización, la salubridad, la medicalización de la

vida; actualmente el control biológico de la especie y la amenaza de la manipulación genética. Esta planeación pormenorizada busca que se viva y se actúe permanentemente como en los campos de concentración, bajo una administración total. Proyecto político en el que se han realizado plenamente, tanto el capitalismo tardío, como el ensayo “socialismo real”, bajo formas autoritarias y totalitarias, pero también incluso bajo la apariencia de la democracia formal, subordinando las personas a una detallada microfísica del poder y sometiénolas al constante dominio de psicologías conductuales y transaccionales y a pedagogías centradas en el acoso a la vitalidad y la crueldad, que logran precisamente, la desaparición del individuo, sustituido por masas anónimas sumidas en la angustia y la mediocridad.

Las ilusiones planteadas por el cristianismo, por el liberalismo y por el socialismo, sobre el amor al prójimo, el respeto por los derechos fundamentales de los individuos, la equidad y la distribución de las riquezas, han fracasado. Pareciera que sólo subsiste el control generalizado sobre los cuerpos y la “fabricación de sujetos” adaptados mediante el rigor, la educación para la subalternidad y la violencia. Ya Nietzsche lo había sentenciado: *Sólo lo que no cesa de doler permanece en la memoria -este es un axioma de la psicología más antigua- y por desgracia la más prolongada que ha existido sobre la tierra.*

Nietzsche y Foucault entendieron que sobre el cuerpo se establecen las decisiones y las acciones del poder. Las instituciones de poder siempre han actuado sobre el cuerpo -ya sea sobre el cuerpo individual o sobre el “cuerpo” social-. Con la modernidad las “políticas del cuerpo” han adquirido mayor importancia, pero el cuerpo históricamente ha sido sometido a múltiples regulaciones y controles, ha sido torturado, confinado, apartado, disciplinado y regulado, conforme a intereses confesionales, laborales, educativos, patronales, comerciales y estatales.

La historia muestra un sinnúmero de imágenes de cuerpos destrozados, mutilados, torturados, humillados, doblegados, en los aparatos de tormento, en las mazmorras, en las máquinas y cámaras de ejecución y en los campos de concentración y de exterminio. Paradójicamente con la modernidad, también aparece el cuerpo ordenado, agrupado, enfilado, enlistado y corregido, como en las fábricas, los cuarteles y las escuelas o expuesto como objeto del deseo y de la envidia, como escenario de la juventud, de la belleza y por ende de la felicidad, tal como hoy lo muestra la sociedad espectacular de la farándula, el cine y la televisión.

En Occidente todas las disciplinas del saber han elaborado discursos sobre el cuerpo, pero por sobre todo se ha impuesto la idea de que el cuerpo no es más que un residuo de nuestra animalidad, la cual

debe ser sometida, para glorificar la espiritualidad humana. No en vano en la última escena del *Fausto* de Goethe los ángeles más perfectos se quejan de conservar aún “un resto de mortal corteza”, de poseer vestigios de lo terrenal, una penosa carga corporal que debe ser vencida. Esa mancha biológica, ese residuo de terrenalidad que es el cuerpo, entonces, debe ser superada y para ello se requiere la represión, a fin de lograr su enderezamiento.

En todo caso, han subsistido estas políticas del cuerpo que, en última instancia, buscan ir quebrantando la soberanía del yo, la individualidad, sometiéndola a variadas y constantes disciplinas y a las regulaciones, hasta obtener finalmente los sujetos sometidos que reclaman los procesos productivos y las razones de poder.

### **Acerca de la historia de los sujetos sometidos**

Se trata de la pequeña historia, de esas anodinas y particulares historias que encierran las cotidianidades, pero que pueden suministrar la más profundas explicaciones acerca de la regulación social, de las formas que reviste el poder, estudios con los cuales Foucault da continuidad a la búsqueda e indagación sobre la genealogía de la moral que iniciara Federico Nietzsche.

En el aforismo 7 de *La gaya ciencia* (2.000, 72)

decía Nietzsche: *Para quien quiera ahora emprender un estudio de las cosas morales, se le abre un inmenso campo de trabajo. Toda clase de pasiones ha de ser encaminada minuciosamente, cada una según las diversas épocas, según los diversos pueblos, llegando a todas sus particularidades grandes y pequeñas (...) Todo lo que ha dado color a la existencia no ha tenido historia hasta el presente. ¿Podéis decirme dónde encontraríamos una historia del amor, de la avaricia, de la envidia, de la conciencia, de la piedad, de la crueldad? Falta por completo incluso una historia comparada del derecho o siquiera del castigo. ¿Ha hecho ya alguno tema de investigación la diversa distribución del día, las consecuencias de una determinación regulada de trabajo, fiesta y descanso? ¿Conoce alguno los efectos morales de los alimentos? ¿Existe una filosofía de la alimentación? (...) ¿Se han reunido ya las experiencias en torno a la convivencia, por ejemplo, las experiencias de los conventos? ¿Se ha descrito ya la dialéctica del matrimonio y de la amistad? ¿Han encontrado ya sus propios pensadores, las costumbres de los intelectuales, de los comerciantes, de los artistas, de los obreros manuales? Hay mucho que pensar sobre todo ello(...) Esto es un nuevo trabajo que determina la falibilidad de todos estos fundamentos y la esencia toda del juicio moral hasta hoy(...) Sería experimentar durante siglos, de tal modo que pudiese oscurecer todos los grandes trabajos y sacrificios de la historia anterior. La ciencia no ha edificado todavía sus construcciones cíclopeas. ¡También vendrá el tiempo adecuado para ello!*

En esta pesquisa se comprometería Foucault (1993) y, entonces desciende a los infiernos de la vida

social para analizarla. Busca documentos desconocidos, no las obras de los grandes pensadores, escudriña en los bajos fondos, (los reglamentos, los informes médicos, la labor de los verdugos, de los vigilantes, de los maestros, de los higienistas, etc.) Estudia las instituciones del encierro, -internados, hospitales, cuarteles, cárceles, manicomios- en donde sigilosamente se realiza la dominación corporal. No acude a la academia, sino al arrabal, al mundo del subsuelo, del hambre, de la prostitución, de la promiscuidad, del vicio y la miseria, para comprender los mecanismos del control social, para averiguar, precisamente, esa genealogía del poder, de la moral.

Es imposible una teoría de la explotación económica, sin una comprensible teoría de la producción de los sujetos sometidos, sin esa anatomía de las estrategias del poder. Entonces -propone Foucault-, hay que iluminar esos espacios de la dominación, ese submundo de la cotidianidad maltrecha. Hay que penetrar los bajos fondos, para conocer las tácticas socio-políticas, *la microfísica del poder*.

Conocer esas singulares y pequeñas historias, esos múltiples procesos de sometimiento y de regulación de los individuos, significa adentrarse en la genealogía, en la etiología de las políticas del cuerpo que históricamente han regulado el espacio, el tiempo y el desempeño de los “sujetos sometidos”.

## Desde la ascética y la mística

Desde remotos tiempos la mística y la religión, con el objeto de fomentar la espiritualidad, agradar a Dios y ganar el cielo, han buscado fabricar “cuerpos dóciles”, alcanzar el control total sobre los individuos. No era suficiente la oración y la plegaria, se precisaba una mística de lo cotidiano, una constante disciplina sobre lo minúsculo.

Por siglos las órdenes religiosas han sido maestras de la disciplina y el rigor sobre el cuerpo y por ello han establecido esquemas *anatomo-cronológicos* de comportamiento, han buscado que “el tiempo penetre el cuerpo”.

La clausura, el apartamiento y el encierro constituirían, entonces, elementos fundamentales para lograr dicho control. El convento, el cuartel, el internado, el hospital, la escuela, son su herencia histórica, son *lugares aparte* que garantizan la soledad del cuerpo y del alma, para poder aplicar la vigilancia, el disciplinamiento, la corrección y la ortopedia.

Para alcanzar este control el “detalle” se convertiría en una categoría pedagógica, teológica y ascética -cada momento y cada espacio, deben estar cargados de actividad-. El cuerpo, que obligatoriamente debía ser corregido, sería señalado, desde entonces, como culpable y se convertiría en objeto del autodesprecio.

De esta manera se fue entronizando -en Occi-

dente- la pedagogía de la obediencia acrítica y del autodesprecio. A partir de la primitiva costumbre, heredada de la cultura judía de recitar oraciones a determinadas horas del día, se establecerían, desde el siglo VI en el mundo cristiano *Las reglas de san Benito* -padre fundador de las ordenes monásticas- que señalarían toda la vida espiritual y material de los monjes: vigilia, actividades laborales, oraciones diurnas y nocturnas, en fin la llamada *Liturgia de las horas* que establecería, mediante una pormenorizada fragmentación del tiempo, las reglas disciplinarias de sus quehaceres cotidianos, distribuidos en el *ora* -tiempo de la oración y el rezo-, *labora* -tiempo de trabajo- y *lectio* -tiempo para el estudio y la lectura-. Detallada distribución de las horas -*Laudes, prima, tercia, sexta, nona, vísperas y completas*- con sus obligaciones insoslayables, la sumisión total a las jerarquías y las mortificaciones corporales que imponía la orden. Se pretendía, mediante esta rigurosa normatividad, la santificación del día y de los esfuerzos humanos, como expresión de gratitud y compromiso con Dios.

Los monasterios benedictinos se convirtieron, gracias precisamente al aislamiento y la clausura, durante gran parte de la Edad Media, en los fundamentales espacios para la formación de los sujetos sometidos, conforme al ideal del rigor sobre el cuerpo y sobre los comportamientos. Adicionalmente es válido recordar que estos monasterios fueron, durante

dicha época, los centros de preservación de la cultura espiritual y material de Occidente. En ellos se conservó la herencia intelectual de Grecia y Roma, se estimularon las artes y se fomentó la educación, inicialmente desde las escuelas monacales, episcopales y catedralicias y más tarde, hacia el siglo XII, al propiciar la aparición de las universidades.

Dando un salto histórico en nuestro rastreo de la pedagogía del autodesprecio, encontramos en el siglo XVI a Ignacio de Loyola, quien con sus *Ejercicios espirituales*, complementaría tan rigurosa concepción, exigiendo a los cristianos actitudes y comportamientos desproporcionadamente austeros y humillantes. En el punto 58 de su escrito dice: *mirar quien soy yo disminuyéndome(...)* *mirar toda mi corrupción y fealdad corporal, mirarme como una llaga y postema, de donde han salido tantos pecados y tantas maldades y ponzoña tan tupida(...)* *mirar mi iniquidad y orar.* También establece [ punto 78]: *No querer pensar en cosas de placer ni alegría (...)* *tener delante de mí dolor y sentir pena, trayendo más en memoria la muerte, el juicio (...); no reír ni decir cosa motivo de risa (...)* [85] *Castigar la carne... dándole dolor sensible, el cual se da trayendo cilicios o sogas o barras de hierro sobre las carnes, flagelándose o llagándose, y otras maneras de asperezas.* Estas torturas y este autodesprecio se asumirían, supuestamente, para alcanzar la santidad y *Todo para mayor gloria de Dios.* No en vano la orden religiosa de los Jesuitas se presenta como una Compañía de corte cas-

trense: Ignacio de Loyola, su fundador, fue militar.

El jesuitismo constituiría la corriente del pensamiento religioso encargada de fundamentar la lucha contra La Reforma protestante y el Luteranismo, principalmente en España. La Compañía de Jesús, fue baluarte doctrinario, cultural y educativo de la Contrarreforma durante los siglos XVI, XVII y XVIII, tanto en Europa como en América.

Ya hacia la época de la revolución industrial, entre 1651 y 1719 vivió Juan Bautista de La Salle -proclamado por algunos sectores como “padre de la pedagogía contemporánea”-. La Salle escribió el *Tratado de las obligaciones de los hermanos de las Escuelas Cristianas*, en el cual, dando continuidad a esa pedagogía del rigor heredada de los monasterios, establece la meticulosidad y la permanente observación para encauzar la conducta. Los escolares deben ser reducidos a espacios celulares, se les enseñará la simplicidad, la humildad y la obediencia como principales virtudes. El tiempo debería ser rigurosamente empleado, a fin de que se hiciera lo mismo, al mismo tiempo, por parte de todos los aprendices. Se introduce la campana y el silbato para lograr estos ritmos y cronosistemas.

La educación cristiana de la juventud, según La Salle, debía basarse en el cultivo de la fe, la piedad, la obediencia y la mortificación del cuerpo. A todas estas condiciones se agregaría “el empleo del tiempo”, lo que le llevó a establecer las escuelas técnicas, diri-

gidas especialmente hacia los sectores populares, con el propósito de encauzar las habilidades mecánicas, para el mejoramiento de la productividad en las empresas. Utilidad empresarial más moral cristiana, sería la fórmula para lograr los “sujetos sometidos”.

Como lo hemos establecido, eran los comienzos de la revolución industrial y la Iglesia simplemente se ponía a tono con las exigencias del capital. La educación popular sería enfocada hacia las técnicas de producción, al fomento de las “artes y oficios”, para lograr individuos no sólo sometidos, sino útiles y hábiles.

Como tema de reflexión vale la pena recordar que según el santoral católico, la fiesta de Juan Bautista de La Salle se celebra el 15 de mayo ¡día del educador!

## **Desde lo laboral y productivo**

Las relaciones laborales se organizan y articulan según las épocas y los momentos de cada formación económico-social. En todo caso se busca garantizar la docilidad y la utilidad de los trabajadores. Por ello las diversas fórmulas de dominación que imponen los grupos hegemónicos, demandan un control que lleve al condicionamiento de los individuos y no solo a su opresión y explotación, se les debe amoldar, adecuar a las necesidades de la producción, sin que protesten.

El disciplinamiento de los trabajadores ha tenido diversas fórmulas, o expresiones históricas, las que siempre persiguen mayor eficiencia laboral y un óptimo control sobre los cuerpos, ya fuese mediante expresiones abiertamente crueles y despiadadas o aplicando acciones de convencimiento y contemporización. Algunos de estos mecanismos y recursos han sido:

La esclavitud – consiste en la apropiación total del ser humano para fines productivos.

La domesticidad – se refiere al dominio constante y global sobre los cuerpos.

El ascetismo y la vida monástica – buscaba más el renunciamiento que la utilidad práctica.

El vasallaje y la servidumbre – se definen como sumisión codificada, gestual y ritual.

La proletarización – es una relación contractual “libre”, pero que implica obligaciones temporales y espaciales por parte de los subalternos.

La necesidad de imponer la docilidad útil, perfeccionaría el trabajo sobre el cuerpo, las pedagogías para la obediencia en muchas ocasiones suavizaría las políticas de coerción para lograr los comportamientos deseados, por parte de los sujetos sometidos.

Se buscó entonces establecer instituciones disciplinarias que garantizaran dicho control y que actuaran en el universo de “las cosas pequeñas”, incorporando políticas cotidianas del detalle. Esto se lo-

gró en talleres, fábricas, conventos, cuarteles y escuelas, donde se introdujo una novedosa economía del tiempo: Se regularon las entradas, las salidas, se fijaron ritmos y ciclos de repetición, rutinas. Se estableció así la dictadura del reloj. Habría, desde luego, como correlato a este control, vigilancia y castigo, para lograr la docilidad útil exigida por la productividad.

### **Poder y espacio**

La microfísica del poder se expresa de múltiples maneras. Una es la vocación aislacionista. Así como el hombre religioso anhela vivir en un espacio sagrado, moverse en un mundo santificado y busca, pretende establecer dicho lugar, un territorio que deje afuera el mal, el pecado y la tentación, un territorio sagrado, entonces, ese microcosmos debe ser creado artificialmente como un mundo propio, como un *lugar aparte*, de ahí proviene la “necesidad” que tiene el poder de segmentar el espacio, de establecer lugares aparte.

El convento, el monasterio, el internado, el cuartel. Pero también el asilo, el hospital, el taller, la fábrica, la escuela, son esos mundos aparte. El régimen de clausura, religiosa o punitiva, el encarcelamiento, así como el régimen de aislamiento para la productividad, constituyen fundamento de esta microfísica del poder espacial.

Se segmenta también el espacio útil, -el taller, la

fábrica, la empresa-. La escuela es ante todo un sitio, un espacio privilegiado donde se trafica -se transmite- el saber, -allí no se produce ni se realiza, sólo se trafica el saber-.

El aislamiento espacial reclama el rigor sobre los individuos, por eso se definen los lugares también desde una precisión topográfica. Espacios administrativos, fiscales, de vigilancia, políticos, militares, terapéuticos, espacios productivos -con sus puestos o celdas de trabajo-, espacios de aprendizaje, de recreo y diversión y hasta espacios para el amor -residencias y moteles-. En todo caso hablamos de un rigor para aislar y localizar al individuo.

Desde la perspectiva platónico-cristiana el ser humano vive en un mundo *falso*, en una pseudo-realidad. Hay que traspasar este mundo ficticio, este valle de lágrimas, hacia el más allá, o hacia el mundo de las ideas, de la perfección. Se hace necesario, entonces, el conocimiento, el saber o la oración y el mejor espacio para alcanzarlos es el internado, *lugar aparte*, que permite -por su rigurosidad- acercarse a la “verdadera existencia”.

Como lo analizara Jaume Trilla (1993, 177-203), se fue imponiendo, en materia educativa y pedagógica, el paradigma aislacionista, con instituciones educativas que parecen estar por fuera de la realidad. Extrañas *utopías* que deben funcionar, además, como *ucronías*, -es decir *sin lugar y sin tiempo*-. Ya sea que miren hacia el

pasado, -como lo mostró Hermann Hesse en su novela autobiográfica, *Bajo las ruedas*, o Peter Weir en la película *La sociedad de los poetas muertos*- para imponer una idealizada visión del pretérito, asumido como un frustrado proyecto de la vida corriente, que solamente podría alcanzarse por el aislamiento y el encierro, o como una propuesta del retorno a la naturaleza, al “buen salvaje”, como se expresa en *El Emilio* de Jean Jacques Rousseau, que en todo caso responsabiliza de la decadencia social a la cultura. El paradigma aislacionista también se logra -dice Trilla-, con mirada de futuro, como fue diseñado y organizado en la propuesta de A. S. Neill del internado de Summerhill, institución no marginal sino elitista, que ha asumido también, el supuesto valor “progresista” de ver la vida escolar como una isla, un mundillo sin contactos con una realidad social, que teóricamente se rechaza.

### **Poder y tiempo -El rigor del reloj-**

La racionalización del tiempo hace parte de la microfísica del poder. El rigor cronológico es una continuidad de la liturgia de las horas. Se trata de establecer rituales meticulosamente repetitivos de manera cotidiana, de crear cronosistemas que permitan formar esos “esclavos del tiempo” que tanta presencia tienen en el mundo contemporáneo.

Señales, silbatos, campanas, voces de mando, van

estableciendo la fracturación del tiempo y convirtiendo los cuerpos en máquinas que garantizan, en última instancia, una mayor rapidez o una mayor eficiencia, conforme a las exigencias de la producción.

Inicialmente esta fragmentación fijaría la existencia de un tiempo sagrado y de un tiempo profano -como tan detalladamente lo estudiara Mircea Eliade (1992, 25-100)-. El tiempo de la creación y el tiempo corriente. El tiempo sagrado podía ser recordado, reinstalado en las fiestas, en el domingo, como Día del Señor. Esta hierofanía o aparición de lo sagrado en la cotidianidad, sería secularizada mediante la división del tiempo ocupado-productivo, y el tiempo libre o de vacaciones, con que se segmenta la vida de los trabajadores. Asimismo el individuo escolarizado tendría el tiempo del aula y el tiempo del recreo. En todo caso se pasó a dar más importancia al tiempo dedicado al trabajo, a las labores productivas, que al tiempo del ocio y del disfrute. Se fue instalando así, en la conciencia de una época, la naciente filosofía del *The time is money*.

El ocio, la pereza, la vagancia, serían profusamente perseguidos, mientras se alababa la laboriosidad y la entrega a la productividad. Señalamiento y condena a la desocupación, que se efectuaría no sólo durante el proceso de génesis del capital, con sus razias y maltratos dirigidos a los campesinos despojados de sus tierras y empujados a la vagancia por el mismo capital

que simultáneamente los reclama como “ejército de reserva” laboral. Persecución y exclusión que se perpetúa, que continúa hoy vigente en los imaginarios colectivos, en el rechazo general a los desempleados, a los inmigrantes, a los desplazados, a los refugiados y a los marginados de los procesos productivos.

En todo caso, las sociedades tecno-científicas de hoy han incorporado en el ordenamiento de la vida laboral, económica y educativa contemporánea, exitosamente, las viejas técnicas, cronologías e ideologías, nacidas en los monasterios, conventos y abadías, como lo ha analizado Michael Foucault en muchas de sus obras, particularmente en *Vigilar y castigar*. Debemos entender, como explica Cioran, que aún nos acompaña la sombra de los monasterios, la sorda tristeza y el vacío de la Edad Media y que en Occidente todos seguimos llevando un claustro en el alma.

## **De la disciplina a la regulación**

Sabemos por Foucault que durante los siglos XVII y XVIII aparecieron las técnicas de poder centradas esencialmente en el cuerpo individual: procedimientos que se aplican al control, a la postura y a la distribución espacial de dichos cuerpos, para garantizar eficazmente el mejoramiento de la fuerza útil -ejercicios, amaestramiento, disciplina-, lo cual era acompañado de técnicas de racionalización y econo-

mía -vigilancia, planeación, inspección, jerarquías- que buscaban incrementar la productividad. Luego vendrían otras técnicas, dirigidas no sólo a los cuerpos individuales, sino a la vida entera de los hombres.

Ya no se trataría de un poder individualizante, sino masificante. Control sobre procesos como los nacimientos, las enfermedades, las muertes. Todo, insistentemente, con miras a mejorar la producción. Así se pasó de la *anatomo-política*, a la más sutil y despiadada *bio-política*.

Las técnicas del poder primero se centraron en los cuerpos individuales, pero luego se aplicaron a la especie, a la masa global de los seres humanos. En las actuales sociedades de normalización, las reglas disciplinarias y las de regulación, se entrecruzan y se complementan. En todo caso se persigue, tanto el mejoramiento de la sociedad, como el incremento de la eficacia y del rendimiento productivo.

Durante la Edad Media la purificación del grupo social establecido se garantizaba, además, por la exclusión y la segregación de los contaminados y “anormales” (Foucault 2.000) -leprosos, locos, brujas, enfermos y apóstatas-. Esta política ha tenido continuidad y vigencia; hoy se excluye y persigue a otro tipo de “anormales” -drogadictos, alcohólicos, indigentes, vagabundos, pobres, refugiados e inmigrantes-, pero la intención es la misma.

La expulsión, el rechazo, la descalificación, el

apartamiento, la marginalidad, también ahora complementan el poder de regulación. El racismo no es solo odio, rechazo o desprecio a otros, tampoco es una simple ideología centrada en las mentiras de un grupo élite; hace parte de las tecnologías del poder, de las tecnologías de la regulación poblacional, su función es fragmentar, hacer cortes, “limpiar”, supuestamente para mejorar la vida; se mata al “anormal”, al degenerado, al inferior, como una función del bio-poder.

“El nazismo no es sino el desarrollo hasta el paroxismo de los nuevos mecanismos de poder que se habían puesto en juego desde el siglo XVIII. No hay Estado más disciplinario, por supuesto, que el régimen nazi; pero tampoco hay Estado donde las regulaciones biológicas se asuman de una manera más estricta y más insistente” -Foucault-.

Desde finales del siglo XVIII hay un saber dirigido al control sobre procesos poblacionales: La higiene pública, el empleo de estadísticas, la medicalización de la población, la demografía y la intervención sobre fenómenos globales como la natalidad. En la época de la industrialización, la *bio-política* se interesó en crear instituciones que contrarrestaran los accidentes y las enfermedades, organismos asistenciales, de seguros, de ahorros, de seguridad.

Hemos visto que las disciplinas tenían que ver con el individuo, las nuevas tecnologías, con el cuerpo

múltiple de la sociedad, con la población. Ahora se trata de mecanismos reguladores para maximizar las fuerzas. Ya no de individuos en detalle, sino de poblaciones regularizadas, mediante el fichamiento, la higiene pública, la salubridad, el control de la sexualidad, de la natalidad, la muerte administrada y, algo novedoso, la pedagogización general del mundo de la vida.

Hoy el control total sobre la vida -señala Foucault- implica no sólo matar, sino dejar vivir. No sólo la amenaza del cataclismo nuclear y la barbarie ecológica, sino, paradójicamente, los procesos de un real o supuesto, mejoramiento de la vida -el control de la natalidad, la eugenesia, la ingeniería genética, la clonación, las manipulaciones del genoma humano-, además, el social-darwinismo, los etnocidios, el racismo, la xenofobia y la pretendida protección universal por parte de las potencias militares e industriales que se abrogan el derecho de constituirse en gendarmes y carceleros internacionales.

Otras formas de control y tutelaje menos sutiles, más despóticas y terribles, están presentes en los campos de concentración y de reeducación, impuestas a poblaciones enteras por la fuerza de las armas. Por supuesto, está también la hegemonía cultural la promoción de la más generalizada mediocridad intelectual que se extasía en el quehacer de las empresas de entretenimiento y en la farándula. Empresas que se sustentan en la permanente actividad de unos me-

dios de comunicación, puestos al servicio de esa microfísica del poder.

## **El control del individuo y el control de las masas**

En los comienzos del modo de producción capitalista los obreros tenían aún un control sobre los productos, porque dominaban un “saber hacer”, por ello poseían todavía alguna autonomía sobre la dirección y regulación de los procesos laborales -tiempos, ritmos, volúmenes-. Con la intensificación de la mecanización de la producción -particularmente con la revolución industrial- se fue alcanzando una especie de “racionalización científica” del trabajo, que buscaría eliminar el ocio y la vagancia.

A fines del siglo XIX y comienzos del XX, se consolidaría este proceso que venía forjándose desde los comienzos del modo de producción capitalista. El fordismo, y particularmente el taylorismo, serían las expresiones más claras de la dominación social, de esa microfísica del poder, sustentada en una “racionalización científica” del manejo de los espacios y del tiempo en las actividades laborales.

Robert Taylor establece, en los comienzos del siglo XX, *La dirección científica de las empresas* logrando separar la planeación de la ejecución de las tareas, en busca de mayor rendimiento, rentabilidad, eficiencia

y eficacia, en las tropas de obreros concentrados en las fábricas de automotores.

Henry Ford introduce en su fabrica de automóviles, la *cadena de montaje o cadena de producción*, desplazando las formas artesanales y logrando con ello la maduración de la producción industrial, pero provocando, por las infernales rutinas, por los endiablados ritmos, una mayor alienación en los trabajadores, como lo denunciara Charles Chaplin en la película *Tiempos modernos*. Esta forma, estos ritmos modernos de producción y productividad, llevarían al fin del obrero dueño de un “saber artesanal”.

El caso es que la introducción del modelo Taylorfordista de organización del trabajo significó, no sólo la obtención de mayores inventarios y el mejoramiento de la producción y la productividad, sino un conjunto de fenómenos que llevarían a alterar la conciencia y la personalidad de los trabajadores: Desaparece todo asomo de autonomía y se incrementa la tensión y la angustia laboral, debido a la mayor división del trabajo y al hecho de que estos se vuelven segmentados y repetitivos. Al instaurarse una organización laboral centralizada y jerarquizada con un control pormenorizado de los movimientos y de los tiempos, se produce una mayor alienación de los trabajadores, pero también mayores posibilidades de concientización, de solidaridad y de organización.

Para decirlo de la manera más sencilla, la

masificación de la producción llevó, obviamente, al incremento de los productos, de las mercancías, lo cual creó la necesidad de aumentar el consumo. Pero los asalariados no tenían cómo comprar, cómo consumir. Se produjo entonces una gran resistencia obrera, una serie de oleadas huelguísticas y finalmente la gran crisis que desembocó en el crack de 1929.

Se tenían que redefinir, por lo tanto, las relaciones entre oferta y demanda y un nuevo modelo de regulación contra las posibilidades de autonomía política de los trabajadores. Se abre así la época llamada del *New deal* de Roosevelt, del keynesianismo, el denominado *Estado de bienestar*. Se institucionalizan los sindicatos y surgen los contratos colectivos.

En resumen, podemos afirmar que el Estado de bienestar significaría:

1. La aparición de relaciones laborales contractuales a largo plazo.
2. Mejoramiento salarial para las masas de obreros y empleados
3. Institucionalización del régimen prestacional que incluía subsidios, seguridad social, educación, recreación y otros beneficios extralegales.
4. Establecimiento de políticas estatales de bienestar social.
5. Mayor control social por parte de los patronos y de los organismos estatales.

Entre los años treinta y los sesenta del siglo XX,

merced a este tipo de satisfacciones, y como complemento, se buscaría eliminar las resistencias e integrar plenamente los trabajadores a las empresas, mediante el incremento real de los sueldos y salarios, pero aplicando sobre ellos un régimen panóptico de control. En todo caso las políticas de bienestar no respondían a un prurito de justicia distributiva, sino a un mecanismo de seguridad del propio sistema liberal, que se resume en la propuesta de otorgar libertades pero con limitaciones y vigilancia.

Paternalismo más represión sería la fórmula. Se trataba de destruir la cultura obrera de extramuros, de impedir la conciencia de clase y la organización política de los obreros, integrando totalmente los operarios a sus empresas, abarcando hasta sus horas libres. Entonces se proyecta una gran minuciosidad disciplinaria sobre la vida familiar y social de los trabajadores, controlando sus vidas, direccionando sus convicciones y en general manipulándolos. Ahora no sólo la Iglesia, sino el propio Estado y las empresas, intervienen en el diseño de las pormenorizadas políticas del cuerpo, incluso en la vigilancia sobre las inclinaciones y los gustos sexuales, en el control al consumo de bebidas alcohólicas y en otras decisiones y comportamientos de los trabajadores.

De sindicatos de oficios, se pasa a establecer sindicatos de industria (masificados), aparece el obrero colectivo (que podía parar la cadena de producción).

Para regular el conflicto se da la negociación como un “acuerdo entre iguales”.

El establecimiento de los contratos colectivos de trabajo conduciría a la paz laboral, bajo el llamado *Estado de bienestar*, lo que significaría estabilidad laboral, representada en contratos a largo plazo, mejores salarios, jornadas estables -que incluían el pago de horas extras-, seguridad social, condiciones idóneas de trabajo, y por ende tranquilidad psicológica y espiritual. Así se disminuirían las huelgas y se garantizaría la tranquilidad política del sistema.

Sería la época de fortalecimiento del corporativismo, esto es, de la estrechez de miras en las luchas sindicales y gremiales, ya no se organizarían los trabajadores alrededor de sus intereses emancipatorios, ni de la utopía socialista o libertaria, sino, en torno a las más pragmáticas necesidades de momento; a lo que tan apropiadamente denominara Rudolf Bahro (1980, 263-314) los *intereses compensatorios*. “el ansia compulsiva de poseer, de usar, de consumir”; esa insaciabilidad que caracteriza a los consumidores de las contemporáneas sociedades del capitalismo tardío. Paradójica situación generadora de subalternidad, de angustia y de zozobra, que se extendería durante todo el siglo XX, hasta el presente.

## **Crisis del modelo fordista y keynesiano**

La propia estructura del funcionamiento capitalista lleva insertas las crisis. Desde los años setenta vivimos un violento reacomodamiento del capitalismo. Hoy no se acepta la regulación de la economía por parte del Estado, sobre todo para los países periféricos, porque supuestamente distorsiona el mercado. Aparece la concepción neoliberal impuesta por las grandes multinacionales y por el capital internacional. El discurso neoliberal privilegia la contratación individual -no la colectiva- porque, según su credo, no se puede perjudicar a las empresas. Poco importa la incertidumbre y la inseguridad de los trabajadores.

Hay un nuevo modelo de acumulación capitalista basado en los supuestos de la competitividad internacional y el mejoramiento de la productividad -debido principalmente a los enormes desarrollos científicos y tecnológicos-. La actual revolución científico-técnica, difiere de la revolución industrial, porque incorpora no sólo nuevas materias primas (tanto naturales como sintéticas), sino nuevas maquinarias y nuevas funciones cerebrales por parte de los trabajadores que tienen que vérselas con un cúmulo de nuevas posibilidades de producción -miniaturización, cibernética, robótica, telemática, biotécnica- que en última instancia significan el desplazamiento de las

tareas repetitivas y fragmentarias del modelo fordista y taylorista, por una nueva inteligencia de la productividad.

Los organismos financieros internacionales impulsan -para los países dependientes que buscan apertura a la competencia internacional- políticas de ajuste estructural a la economía global. Entonces se propone desde el recetario neoliberal:

1. Reducción del gasto público -en especial del gasto social-.
2. Eliminación del papel regulador del Estado.
3. Reducción de los costos laborales. Desaparición de los contratos colectivos.
4. Desestatización de las empresas y servicios públicos. Fomento de las privatizaciones.
5. Adecuación de las estructuras productivas a los intereses del mercado.

La reconversión industrial lleva, en este orden de ideas, al “ahorro de mano de obra” e impone cambios en el ordenamiento jurídico-laboral lo que, por supuesto, se refleja también en lo político-pedagógico.

Los factores tecnológicos originan la necesidad de readaptación, no sólo en términos organizativos, sino sociales y educativos. Cuando aparece el discurso de la llamada *flexibilización laboral*, aparece también el de la adecuación de la pedagogía a dicha flexibilización.

Se plantea la necesidad de formar, desde las aulas, trabajadores competitivos y polifuncionales, que abandonen toda perspectiva de obtener contratos estables, que renuncien a la estabilidad y a la seguridad social, pero que persistan en el anhelo de incrementar el consumo y de asumir la búsqueda de los conocimientos como principio rector de toda competencia.

### **La reorganización capitalista**

Esta época de subsunción real del trabajo al capital, por el desarrollo científico y tecnológico, centrado en el mejoramiento de los procesos productivos en detrimento de los seres humanos, ha llevado, claro, al incremento de la producción y la productividad, pero también a la angustia y a la incertidumbre general. La flexibilidad laboral significa mayor extracción de plusvalía absoluta e inestabilidad social y psicológica para las grandes mayorías.

La nueva base técnico-científica provoca un alto rendimiento en la productividad del trabajo y por ende incremento en las tasas de plusvalía, tanto por el abaratamiento de las materias primas, como por la reducción real de los salarios y de los puestos de trabajo, en especial en los países subdesarrollados.

En los aspectos sociales y económicos, está desapareciendo el Estado, sustituido por las empresas, muchas de ellas multinacionales, que buscan solamen-

te aumentar la productividad y las ganancias reduciendo costos laborales, mediante la implementación de maquilas -es decir concentración de trabajadores, para labores intensivas a pagos baratos y sin garantías prestacionales ni seguridad social-, principalmente en los países del Tercer Mundo, las subcontrataciones, los trabajos parciales y temporales y el trabajo de las poblaciones más subordinadas a quienes no se les reconocen los salarios socialmente establecidos, como a las minorías étnicas, a las mujeres, a los inmigrantes y a los desplazados.

La precarización de la fuerza de trabajo, a la vez que señala nuevas formas de control social, una mayor segmentación laboral, bajos ingresos para amplios sectores poblacionales, promueven, por otra parte, la exclusión, el racismo y la xenofobia, es decir, el derrumbe de las garantías sociales, los derechos colectivos, culturales y de las libertades individuales. Con ello se abren las puertas al resurgimiento, o mejor, a la continuidad del darwinismo social y del fascismo.

Ahora las empresas manejan una desregulación de horarios, de salarios, de estabilidad y de seguridad social. Ya no hay contratos por tiempo indefinido, sino por medios tiempos, subcontrataciones, órdenes de servicio, supernumerarios, jornadas flexibles y otros adefesios contractuales. Pero, lo que sí continúa es el disciplinamiento y la regulación generalizados.

El sociólogo norteamericano Richard Sennet en su obra *La corrosión del carácter* (2000, 47-102), analiza las consecuencias que trae para la formación ética de los seres humanos, poner el acento económico en la flexibilidad laboral, ya que la incertidumbre, la carencia de bienestar y de seguridad social, cambian el sentido del trabajo y generan confusión, preocupación y ansiedad en los trabajadores. *Si el carácter*; -dice Sennet- *se expresa por la lealtad y el compromiso mutuo(...)* ¿cómo sostener la lealtad y el compromiso recíproco en instituciones que están en continua desintegración o reorganización? Así pues, más que abolir las rigideces y las reglas del pasado, el llamado nuevo orden laboral impone controles, más sutiles e incomprensibles, pero más dañinos y alienantes, porque conducen, inexorablemente, a la desaparición del individuo, convertido en hombre-masa, en marioneta del consumismo, sumido en una generalizada mediocridad y en la azarosa neurosis que impone la ideología de la movilidad permanente y de la competitividad.

Para Sennet la vida útil de los nuevos trabajadores se está viendo cada vez más reducida, llegando incluso a sólo la constituir la mitad de sus vidas biológicas, ya que estos flexibles trabajadores tienen que abandonar sus actividades productivas tempranamente, no necesariamente debido al agotamiento o a la pérdida de sus capacidades laborales, sino precisamente, por la despiadada competencia que convierte a los

mayores en asustados asalariados que se ven desplazados por “la juventud”. La tasa de despidos para los trabajadores entre los 40 y 50 años de edad, se ha incrementado ostensiblemente, porque “la flexibilidad es sinónimo de juventud y la rigidez es sinónimo de vejez”. Pero esta aparente sobrevaloración de la juventud no es más que un generalizado prejuicio social que oculta el hecho de que en realidad es más fácil manejar trabajadores jóvenes, ya que “los trabajadores mayores y con más experiencia, tienden a ser más críticos con sus superiores que los que están empezando”, también porque “los trabajadores jóvenes son más tolerantes a la hora de aceptar órdenes desacertadas”. Además, no hay que perder de vista que bajo el capitalismo, desde siempre, ha persistido la relación entre juventud y bajos salarios.

La enorme presión que ejerce la edad, la disciplina del tiempo y la competitividad entre los trabajadores, les produce ansiedad y angustia que se traduce en cambios psicológicos y de comportamiento: se evita la vida en comunidad, no se estructuran colectivos basados en el apoyo y la solidaridad, se ve a los demás simplemente como contradictores y oponentes, no como eventuales colaboradores y amigos. En todo caso, estas juventudes presionadas a hacerse notar, establecen simulaciones y falsos protagonismos para mostrarse poseedores de un saber que, aunque lo consideran valioso, también sa-

ben que es fugaz y altamente prescindible, como ellos mismos.

## **La adecuación pedagógica bajo el nuevo capitalismo**

Asistimos al resurgimiento de un inusitado interés por lo pedagógico y educativo: tecnólogos de las entidades internacionales, burócratas de los organismos de gobierno, administradores del negocio de la educación, empresarios de universidades y otros personajes de la vida pública y privada, coinciden en señalar que estamos viviendo la era de los conocimientos, la mejor época para diseñar el desarrollo a partir de una eficiente aplicación y endogenización de la ciencia y la tecnología, de unos saberes que circulan libremente en las redes. Que todo lo que tenemos que hacer es adecuarnos, adaptarnos, a esta supuesta *sociedad del conocimiento*. Ahora aprender es sinónimo de “acceder” a la información que circula en el ciberespacio y aplicar las técnicas que se recomiendan para los casos particulares que se afronten.

Se trata, entonces, de sustituir la uniformidad mecánica de antaño por la flexibilidad. Ya la educación no consiste sólo en el instrccionismo ni en la transmisión de unos saberes curricularizados, mediante el establecimiento de disciplinas corporales, cronosistemas y rutinas, sino en fijar una crono-psi-

ciencia, una crono-biología, basada en la utilización pedagógica de los “conocimientos” científicos y tecnológicos, que estarían ahí, -afirma la tecno-burocracia- para ser simplemente utilizados sin contraprestaciones.

Bajo las concepciones de las democracias liberales, desde mediados del siglo XIX se venía proyectando la masificación de la escuela, el aumento de las coberturas escolares. Hoy la vida entera pretende ser escolarizada, sometida a las rutinas de la escuela, hay un nuevo “orden” del tiempo, nuevas condiciones de existencia, basadas en calendarios, horarios y rutinas. Todo esto ha llevado a que la escuela y el maestro carezcan de identidad propia; cualquier espacio puede sustituir la escuela y cualquier individuo puede improvisarse como “educador”.

Los ritmos psico-sociales de control poblacional, como expresión del *bio-poder*, definen la no limitación de la educación a los espacios y tiempos escolares, reclaman la escolarización de otros espacios y lugares: la empresa, la casa, el café internet, y otras instituciones y establecimientos, hasta convertir todo el entorno humano en un universo pedagogizado.

El mundo se ha convertido en aldea global, en escuela global, en control global. La pedagogización de otros ámbitos y lugares define una nueva -y absurda- concepción de la “modernidad”. Se trata de un nuevo encuentro entre la educación y la economía.

Ahora se debe reelaborar la concepción de “capital humano”, proponiendo un mayor vínculo entre la escuela y la empresa. Ya no se busca la calificación personal, sino formar trabajadores “flexibles” y “polivalentes”; no tanto individuos “dóciles”, sino participativos pero no capacitados para una participación crítica o para la reflexión autónoma, sino dispuestos a la participación para la productividad, para la eficiencia empresarial.

Se trata de formar gente que se considere “independiente”, “competitiva”, capaces de correr sus propios riesgos, de habituarse a las incertidumbres de los mercados y que hagan negocios “propios”. La educación de esta manera se integra al mercado del trabajo. Se requieren unas nuevas “competencias”, conforme a estándares de calidad establecidos por las entidades transnacionales y adoptados por las empresas. El concepto de “calidad educativa” ha quedado subsumido en la noción de “calidad industrial”, de calidad en los procesos productivos y de conveniencia pragmática empresarial.

Se nos habla, de que el conocimiento es el eje de la transformación productiva, que debemos conectarnos con las redes del conocimiento, incorporar a nuestra realidad pedagógica y social, la ciencia y la tecnología que nos ofrece esa “Sociedad del conocimiento”, supuestamente neutral, pero que en realidad está sometida a los llamados “centros de exce-

lencia” de las grandes universidades y grupos de investigación, comprometidos y manejados por las transnacionales.

## **La escuela-empresa y la movilización total**

Hoy las empresas están seriamente comprometidas con el desarrollo de la educación, pero no de una educación para la autonomía, ni para la formación integral de los seres humanos, sino una educación para la adecuación y calificación del personal requerido para sus procesos productivos y mercantilistas. Es tan serio este compromiso que incluso muchas de estas empresas tienen, ya no sólo sus propios institutos de formación técnica y ocupacional, sino instituciones de educación superior ligadas a su razón social. Es decir, las empresas no buscan exclusivamente mejorar el “recurso humano”, para garantizar en el corto plazo su desarrollo, sino que, dada la permanente innovación y sofisticación de las tecnologías, precisan ahora educar para la adaptación a dichos cambios y preparar su personal para las futuras demandas de calificación. Como la educación formal que históricamente ha sido ofrecida por las instituciones públicas o privadas, no garantiza estar al día con los requerimientos y exigencias del desarrollo científico y tecnológico, surge la necesidad de que las empresas intervengan directamente en la educación

y asuman su administración y manejo, para poder mantener sus niveles de competitividad, ya sea creando sistemas de “donaciones”, becas, inversiones directas, incubadoras empresariales, pasantías, etc., o estableciendo, como se ha dicho, sus propias instituciones educativas.

Si bien es cierto las universidades siempre han estado al servicio de los procesos productivos y de la economía en general, no se había presentado antes un movimiento tan explícito de subordinación y dependencia total. Los nexos universidad-empresa antaño estaban determinados, principalmente, por los contratos de investigación, la prestación de servicios, y la capacitación, pero ahora lo que se presenta es una fusión, llegando incluso a que grandes establecimientos y corporaciones industriales, comerciales o de servicios, tienen sus propias instituciones universitarias, para el entrenamiento y capacitación de sus estudiantes-empleados.

En este orden de ideas el concepto de mejoramiento de la calidad educativa se ve reducido, desde la óptica empresarial, a la adaptación y establecimiento de unos contenidos académicos acordes con las “competencias” más significativas para el desarrollo empresarial; las entidades prestamistas y “auspiciadoras”, terminan fijando los “estándares de calidad” y hasta las asignaturas y programas, según su conveniencia, y de ello depende la asignación de los recursos. Así la

educación como un derecho fundamental ha sido eliminada, reduciéndose a un simple “servicio”, manejado, por supuesto, con criterios empresariales, gerenciales. Los patrones de rendimiento, eficiencia y rentabilidad pasan a constituir los elementos claves para la prestación de dicho “servicio”, respondiendo a la lógica economicista del costo-beneficio y no a las obligaciones y funciones de un Estado social de derecho.

La reingeniería, la instalación de pequeñas unidades de producción especializadas y la reestructuración del llamado “capital humano”, ha convertido el sistema educativo en subsidiario de las empresas, del mercado y del complejo industrial-militarista que domina al mundo. Se ha creado una nueva cultura empresarial-educativa, que busca formar el personal requerido para moverse en un amplio espectro de posibilidades laborales, efímeras y precarias, sin seguridad social ni estabilidad, sin prestaciones, sin calificación duradera, pero eso sí, “competitivos”, audaces y hábiles; carentes de sentimientos de solidaridad y de autonomía e inscritos en una medianía generalizada.

La idea de una generalizada ilustración de los sectores populares, como principal propuesta emancipadora, que manejara el viejo liberalismo, ha entrado en decadencia, como lo ha precisado el profesor Jorge Gantiva Silva (1999): *El concepto de la democracia liberal moderna consistente en garantizar la cobertura*

*educativa, universal y gratuita para todos, ha sido incumplido históricamente. Bajo la receta de la banca mundial, la ya menguada y reducida educación pública es objeto de un recambio institucional, financiero y pedagógico al amparo de la ‘desregulación’, la privatización y la flexibilización. El rumbo de la política educativa internacional conduce al desmantelamiento de la escuela pública y con ello toma cuerpo un sistema de segregación y estratificación social discriminatorio, el cual lesiona severamente el derecho fundamental a la educación.*

El papel actual de la escuela en la microfísica del poder es reducido. La nueva relación escuela-mundo laboral, debido a la globalización, a los cambios tecnológicos, al poder de las armas y a esa nueva y tendenciosa psicología que imponen los “tiempos modernos”, manipulada por los centros de poder y los mal llamados medios de comunicación, conduce irremediablemente a la *movilización total*, esto es, a una total identidad y unidad de acción entre los gobernantes y sus pueblos, a un enrolamiento generalizado del pueblo en servicio de los intereses y del engranaje estatal-empresarial.

Para cumplir estos requerimientos del poder, se pasó del abnegado maestro “apóstol” -disciplinado él pero a la vez disciplinante y disciplinador- y de los animadores del tiempo y los espacios escolares, al bio-maestro, al maestro regularizador que puede ser cualquiera, que no reclama una específica formación pe-

dagógica y profesional, pero que debe estar sometido a los códigos empresariales de eficiencia y rentabilidad y a los nuevos patrones de domesticidad laboral. Se trata de los administradores de unos currículos que son pensados e impuestos, de manera uniforme, por los tecnólogos de las empresas multinacionales y por los llamados “centros de excelencia” de esa *sociedad del conocimiento* que promueve el capitalismo tardío.

Este tutelaje organizativo, este proyecto de conducción total, nos permite sentir que los principios establecidos en los campos de concentración tienen entera vigencia, que Auschwitz no fue una situación pasajera, transitoria y excepcional, sino un proyecto de supresión permanente de la libertad, bajo poderes imperiales que quisieran fragmentar el mundo entero en campos de concentración y de exterminio, con individuos totalmente sometidos a los caprichos de sus verdugos.

Distribuidos hoy entre gente servible e inservible, asistimos a la universalización del espíritu empresarial de Auschwitz -la enorme fábrica de muerte que instauró el nazismo-. Desarraigo, subalternidad absoluta, deportaciones, exclusión, incremento de zonas tuguriales, marginalidad y aniquilamiento de un lado, y presunción de superioridad intelectual, cultural, racial, imperial, del otro. La piedra angular de las nuevas prácticas pedagógicas y de dirección empre-

sarial, es la formación de seres humanos recluidos, concentrados, estatuidos según los lineamientos imperiales y procurando solamente cumplir con los modelos y estándares de vida que les son impuestos. Habitantes de *un mundo feliz*, cómodos, tranquilos, sometidos, serenos, mansos, flexibles, pero profundamente manipulados, hasta en la elaboración de sus más íntimos deseos.

El sistema pedagógico-social basado en los campos de concentración y de exterminio se ha venido perfeccionando después de la caída del nacional-socialismo. Podemos afirmar que Auschwitz ha tenido continuidad y permanencia, que se ha mejorado, tanto bajo el capitalismo tardío, como en el llamado socialismo real soviético, que incorporó -con las purgas políticas, la psiquiatría represiva y los campos de exterminio- nuevos modelos de control social y otras formas de horror y de barbarie, a la historia universal de la infamia. Imre Kertész (2002, 61-62) escribió que *el escenario numero uno del holocausto, Auschwitz, se convirtió para todos los tiempos en el nombre colectivo de los campos nazis, aunque funcionaran otros cientos de campos y aunque sepamos que en el propio Auschwitz fueron recluidos y exterminados decenas de miles de personas no judías*. Igualmente es cierto, aunque las motivaciones y formas de expresión del poder y del horror fuesen distintos, que el Archipiélago Gulag de los soviéticos es su equivalente, como lo viene siendo el campo de prisioneros

de Guantánamo, para la actual administración norteamericana. Cumplen funciones semejantes: aniquilación del individuo y reducción del ser humano a su *nuda vida*. Como lo ha dicho Kertész (Ibid): *podemos definir como rasgo más característico del siglo XX precisamente el haber barrido de manera completa a la persona y a la personalidad (...)*

El proyecto de Auschwitz tiene futuro y no sólo en los campos de concentración y de exterminio, o en los sucedáneos campos de reeducación. Esta propuesta nacida en las entrañas de los regímenes colonialistas y racistas, hoy se está universalizando, bajo el amparo de la regulación poblacional, la pedagogización del mundo de la vida, la conversión de las empresas en escuelas y viceversa; el uniformismo gregario que impulsa el “nuevo orden mundial”, la nueva administración empresarial de las sociedades y las más diversas formulas ensayadas por el *bio-poder* con sus tecnologías de la muerte, la homogeneidad cultural y los Estados carcelarios.

## **La pedagogía de la exclusión y del olvido**

En términos generales los actuales Estados funcionan como enormes panópticos que buscan disponer siempre de los individuos. Estos son observados, fichados, reseñados y permanentemente ubicados. Los bancos de datos, las instituciones de seguridad, las agen-

cias de información, las centrales de inteligencia, dan cuenta pormenorizada de las personas, convirtiendo sus vidas privadas en asuntos de dominio público. Las formas de control de la biopolítica moderna, comprenden además de los números oficiales de identificación personal, los empadronamientos, los censos poblacionales, los fichamientos médicos, de seguridad social, los retenes y requisas policivas, los informes de estados financieros, las declaraciones de renta y patrimonio, las grabaciones y filmaciones en video en las terminales de transporte, en los aeropuertos, en las calles, en los establecimientos públicos y privados, en los bancos, en los centros comerciales, en las empresas y en las instituciones educativas y por supuesto la detección satelital que apoya las acciones del mayor imperio carcelario del mundo. Calculadamente el *bio-poder* establece, en esta especie de gueto o de campo de concentración universal, no sólo los cronosistemas y rutinas de la gente, sino su total transparencia y desnudez, hasta conseguir la más extrema reducción de los individuos a la condición de rebaños, de animales, con el propósito de lograr un detallado control sobre sus actividades, sus comportamientos y sus vidas.

Además del violento disciplinamiento, de la coerción social estatuida y del control externo establecido históricamente por los aparatos represivos del Estado, se han ido instalando otras políticas del cuerpo y otras formas de control y de regulación más su-

tiles, íntimas e interiorizadas que se remiten al autodisciplinamiento de los “sujetos sometidos”.

Los Estados contemporáneos tienen como principal función, según lo investigó Foucault, tomar a cargo la vida entera, ya sea para cuidarla, fomentarla, regularla, controlarla, o para eliminarla. Lo que anteriormente constituía una excepcionalidad, se ha convertido en regla. Ahora no se trata de una “ruptura del orden establecido”, de un “estado de excepción”, sino de las más aterradoras prácticas cotidianas del poder.

En los campos de concentración y de exterminio erigidos por los nazis se estableció la epifanía de este “nuevo orden mundial”. Toda esta regulación poblacional, esta *bio-política* que pretende reducir el ser humano a su mera animalidad, a la “nuda vida”, tiene su origen en las prácticas efectuadas en los campos de concentración. Giorgio Agamben (2003, 151-230) ha dicho que es importante comprender que las políticas de exterminio contra los judíos, los gitanos, otras culturas y etnias o contra los comunistas, por parte de los nazis, deben ser inscritas dentro de los mecanismos de la *bio-política* moderna, sin caer en los encubrimientos o enmascaramientos conceptuales: *El haber pretendido restituir al exterminio de los judíos un aura sacrificial mediante el término holocausto es una irresponsable ceguera historiográfica(...) debemos tener el valor de no cubrir con velos sacrificiales, el que los judíos no fueron exterminados*

*en el transcurso de un delirante y gigantesco holocausto sino, literalmente, tal como Hitler había anunciado, ‘como piojos’, es decir, como nuda vida(...) La dimensión en que el exterminio tuvo lugar no es la religión ni el derecho, sino la bio-política.*

Todo comenzó por las “razones humanitarias” con que presentó el régimen nazi la aplicación de un extenso programa de eutanasia social que se estableció, en primera instancia, “de buena fe”, para suprimir aquellas vidas “indignas de ser vividas”, como las de los individuos considerados locos, carentes de conciencia, enfermos mentales, idiotas incurables, “deficientes morales”, y otros indeseables y marginados sociales -los que en Colombia hoy muchos denominan “desechables”-, pero que luego continuó contra otros pueblos y culturas, disfrazando sus intencionalidades tras el “argumento” de una supuesta superioridad racial. Fue la conversión de un programa teóricamente humanitario, en una operación de exterminio masivo, de enorme conveniencia para las élites dominantes.

El profesor José A. Zamora (2003, 5) lo precisa: *En los campos nazis los prisioneros eran sometidos a un proceso de destrucción de su subjetividad para reducirlos a pura existencia somática. De esta manera se consumaba una lógica de zoológización que comenzaba con la privación del status legal, con la exclusión de la comunidad política y de su marco de derechos, aunque éste respondiera al tratamiento de ciuda-*

*danos de segunda clase, y proseguía con el transporte en vagones de ganado, la identificación por medio de un número tatuado, el hacinamiento en barracas similares a establos, el sometimiento a ‘experimentos médicos’ como si se tratara de cobayas, el exterminio con productos químicos antiparásitos, el aprovechamiento industrial de los cadáveres, etc., prácticas todas ellas encaminadas a borrar la humanidad de los prisioneros, a reducirlos a pura animalidad, a mera corporalidad.*

*El campo de concentración -afirma Agamben (2001)- como puro, absoluto e insuperado espacio biopolítico (fundado en cuanto tal exclusivamente en el estado de excepción) aparece como el paradigma oculto del espacio político de la modernidad, del que tendremos que aprender a reconocer las metamorfosis y los disfraces. No es mucho lo que tendremos que bucear para encontrar la continuidad de estas prácticas en la vida contemporánea.*

## **“La democracia ennoblecida”**

Si bien Hannah Arendt definió los campos de concentración y de exterminio, como laboratorios para la experimentación del dominio total sobre los individuos, lo cual fue principalmente exhibido por los totalitarismos, las perspectivas e intencionalidades de dicho dominio total van mucho más allá y hoy se expresan también en los regímenes reputados como “democráticos”. Imre Kertész (2002, 26-27) ha dicho que *la democracia se ha vuelto problemática incluso en*

*los países que cuentan con una larga tradición democrática. Es evidente que la democracia no puede o no quiere estar a la altura del sistema de valores construido por ella misma, que en ningún sitio se establecen los nuevos ideales por los que merece la pena vivir. Ahora que el último imperio totalitario también se ha derrumbado, el sentimiento dominante es de derrota, de apatía, de impotencia.*

Pero no es sólo eso, es la certidumbre que nos queda de no haber superado nada, de la permanencia y continuación de la política del desprecio y opresión total sobre los seres humanos más vulnerables, aquellos que, bajo los distintos regímenes son considerados “inferiores”. Un simple ejemplo: Las universidades norteamericanas -los llamados centros de excelencia de estas “sociedades del conocimiento”-, están comprometidas en una serie de experimentos e investigaciones que se efectúan sobre muchos presidiarios, condenados a cadena perpetua o a la sentencia capital, a quienes se les propone la conmutación de sus penas si “voluntariamente” acceden a servir de conejillos en dichas experimentaciones que, por supuesto, se explican como beneficiosas para la humanidad.

Tal vez no hubo victoria y el fascismo, ahora, bajo el disfraz de la democracia sigue ahí, latente. Joseph Goebbels, el ministro de esclarecimiento y propaganda del III Reich, lo había previsto en un texto publicado en 1935, a sólo dos años del triunfo elec-

toral que encumbró al nazismo en Alemania: *De la misma manera que las doctrinas de la revolución cristiana y de la francesa, se harán realidad las consignas de la revolución nacionalsocialista.* Y con gran cinismo precisaba: *Si la democracia nos concedió en tiempos de la oposición métodos democráticos, ello ciertamente debía suceder en un sistema democrático. Pero nosotros los nacionalsocialistas nunca afirmamos ser representantes de un punto de vista democrático, sino que hemos declarado francamente que sólo nos servíamos de los métodos democráticos para ganar el poder y que después de la conquista del poder denegaríamos desconsideradamente a nuestros adversarios todos los medios que en tiempos de la oposición se nos habían concedido. A pesar de ello podemos declarar que nuestro gobierno corresponde a las leyes de una democracia ennoblecida.* Esta “astucia de la razón” opresiva y dictatorial que cada vez más caracteriza los regímenes “democráticos” del capitalismo tardío, ha tenido permanencia; el dictador Augusto Pinochet denominaría a su criminal gobierno como una “democracia vigilada”.

Aquí cabe plenamente la aterradora pregunta que se hace el filósofo español Reyes Mate (2003, 34): *¿Es el campo de concentración un lugar marginal o es nuestro hábitat natural porque nada hay exterior al mismo?* Es cierto que ese tipo de trámites y manipulaciones sobre las personas, no es actualmente del todo idéntico al de los campos de concentración que caracterizaron a los regímenes totalitarios, pero sabemos que persiste

un trato discriminatorio y segregacionista, no sólo en los casos de los reclusos empleados como animales de laboratorio por la biomedicina moderna, sino, además, sobre un amplio grupo de seres humanos marginales y maltrechos como son los habitantes de la calle, los desplazados, los inmigrantes y los refugiados a quienes, en las ciudades de los países “desarrollados” se les niega, de hecho, el reconocimiento de “ciudadanos”, e incluso el de “humanidad”, mientras que teórica y publicitariamente se les designa como “sujetos de derecho” y son los destinatarios de múltiples campañas “humanitarias” y caritativas, así como de ese “humanitarismo armado” que ha convertido el dolor en espectáculo y a los invasores militares en portadores de una teatral “ayuda” -que siempre llega detrás de los bombardeos- a los pueblos víctimas precisamente del poderío bélico de los Estados opulentos.

Los pobladores de estos países desarrollados temen la presencia de los inmigrantes tercermundistas, que por oleadas ingresan a sus territorios a competir por sus ventajas, prebendas y comodidades y aunque secretamente saben que los necesitan para poner en marcha sus maquilas y economías informales -que cada vez tienen un mayor peso específico-, de común acuerdo con sus gobiernos, se movilizan para intentar impedirles por lo menos el acceso masivo a sus naciones, por eso cotidianamente estamos vien-

do como esas *fronteras que sirven de línea divisoria entre la riqueza y la pobreza, se han convertido en verdaderas zonas de muerte, zonas en las que la vida de los que intentan traspasarlas no vale nada. Muchos de los inmigrantes clandestinos, de los 'espaldas mojadas' que intentan entrar en Estados Unidos, cruzando un desierto de muerte, de los africanos que se aventuran en zodiacs mortales a cruzar el estrecho, de los subsaharianos que han de superar un inmenso mar de arena antes de llegar a la frontera con Europa, muchos de estos inmigrantes perecen en el intento y terminan escupidos por el mar a las orillas de un territorio que soñaron cargado de riquezas materiales y promesas de futuro, no son más que cuerpos inertes sin identidad, sin nadie que los reclame, sin nadie que los vele. Estos cuerpos sin nombre y sin vida representan el caso extremo de un destino fatal preparado por las sociedades opulentas* (Zamora, 2003).

Pero a aquellos que logran pasar la frontera, transportados como animales en camiones o barcazas, quienes no son apresados, expulsados, extraditados o devueltos, les espera una fantasmagórica existencia, una vida de *hombres invisibles*, una existencia de segunda clase en las sociedades opulentas. Terminan, como indocumentados e “ilegales”, resignados a vivir en maltrechos tugurios y en repulsivas barriadas que constituyen los nuevos guetos de estas sociedades opulentas, así como a realizar con humildad los trabajos más degradantes y opresivos, que los propios nacionales se niegan cumplir, con contratos la-

borales de sobre-explotación, dentro del más terrible desamparo legal, sometidos a un sinnúmero de “irregularidades” infranqueables y al más pormenorizado control y administración de sus vidas. Vistos como sub-humanos, sin derecho a la salud, a la educación ni al trabajo, sólo logran acceder a la ciudadanía que sueñan pero que sistemáticamente les es negada, mediante el desesperado recurso de convertirse en “carne de cañón”, ya sea prestando el servicio militar -para ser asignados a las zonas de combate que mantienen permanentemente estos Estados imperiales-, trabajando en las sórdidas empresas de la llamada economía informal y en las maquilas que astutamente se esconden en el submundo de los países ricos.

La recaída en los principios de Auschwitz que contemplamos ahora en los albores del siglo XXI, sesenta años después de la transitoria derrota del nazifascismo, y que se expresa en el darwinismo social imperante en los regímenes “democráticos” de las ciudades modernas, en el racismo, en la xenofobia y el odio a los inmigrantes que exhiben en su comportamiento habitual los habitantes de los países opulentos, en general indiferentes ante el maltrato, la exclusión, la marginalidad y la precariedad existencial de las enormes masas de indigentes y miserables que pueblan hoy el mundo, bajo la impronta de la globalización capitalista, es el resultado inexorable de una sistemática ausencia de conciencia ética, de esa

“banalidad del mal” que cobija a los seres humanos formados bajo los dictámenes de la pedagogía del rigor; del encierro, del enclaustramiento, de la severidad y el autodesprecio, es decir, de esa formación para la obediencia y la subalternidad, que ha signado desde siempre la educación en Occidente y que hoy se extasia en simple consumismo.

Auschwitz no fue una desviación del curso de la historia, no fue una momentánea inconsistencia en la teoría del progreso, no fue una aberración: fue el resultado lógico del desarrollo del capitalismo y de sus tecnologías de poder. El infierno de Auschwitz es un profético antecedente de los tiempos venideros. Comprender la historia de la Alemania nazi, es sospechar la futura historia del mundo, si no se aplican correctivos. Jorge Luís Borges, en una breve narración, contenida en *El Aleph (Deutsches Requiem)*, hace decir orgullosamente al nazi protagonista de su historia, ante la inminencia de su propia muerte: “se cierne ahora sobre el mundo una época implacable. Nosotros la forjamos, nosotros ya somos sus víctimas”. Auschwitz tiene continuidad, no fue un fenómeno pasajero ni superficial; por eso debemos develar todos esos mecanismos que han posibilitado su horror. Es necesario combatir los comportamientos de rebaño, la insensibilidad y la indiferencia, para no perder la capacidad de resistencia ante el bio-poder que nos envuelve.

Cuando la conciencia moral autónoma ha sido sustituida por las autoridades exteriores, cuando todo parece indicar que se impone la teoría de *La movilización total* de que hablara Ernst Jünger, según la cual la masa anónima de los ciudadanos sometidos se pone al servicio de los intereses del poder, es necesario reivindicar, de nuevo, las posibilidades de la educación. No de esa educación y esa pedagogía reducidas a mera domesticación laboral, sino de aquella que fomente la reflexión crítica y la autonomía, porque, “la única fuerza verdadera contra el principio de Auschwitz debe ser la autonomía”, “Auschwitz fue la barbarie y -como lo afirmara Adorno- es precisamente contra la barbarie que debería dirigirse toda educación”.

Evadirse del encierro, del enclaustramiento de estos campos de concentración -religiosos, laborales recreativos, educativos, o punitivos- de la vida moderna, significa superar la conversión del individuo en masa para rescatar su autonomía, su mayoría de edad, el uso público de su propio entendimiento (para utilizar los términos kantianos). Es imprescindible, entonces, construir una nueva concepción educativa que nos permita ejercer la resistencia, en primer lugar reivindicando la memoria, sin abandonar el principio esperanza.

Vivimos en tiempos de olvido, enseñamos el olvido. La educación y la pedagogía se han convertido en tecnologías de la amnesia, que afirman este opaco

y tenebroso presente, con sus fuerzas destructivas, ocultándolo de manera invariable, tras el espejismo de un optimista porvenir, siempre aplazado y frente al cual se busca desprestigiar toda utopía. De allí resulta esa cultura del engaño, de la indiferencia, de la insolidaridad y falta de todo compromiso; esa cultura del desprecio al otro, del pragmatismo cínico y la competitividad. No se escuchan las voces de la historia, todo es presentismo.

### **Consideraciones finales**

Oponer resistencia significa establecer el recuerdo como base de una nueva teoría de la justicia, de la ética, de la política y, por supuesto, de la pedagogía. Fundamentar la exigencia de que el horror no se perpetúe, connota un trabajo pedagógico alrededor de la memoria, porque, como lo afirmara Elie Wiesel, (citado por Reyes Mate 2003): *En Auschwitz no murió sólo el judío, sino también el hombre, la humanidad del hombre, esos triunfos parciales logrados por el ser humano sobre la barbarie a lo largo de los siglos, quedó pulverizada, en alguna de sus zonas vitales, en las cámaras de gas. Y, en primer lugar la capacidad de memoria. Hay que tener en cuenta, en efecto, que Auschwitz no fue sólo una gigantesca fábrica de muerte sino también un proyecto de olvido.*

Se debe trabajar, entonces, desde la educación y la cultura, para que este proyecto de amnesia colecti-

va no se cumpla, para que el “velo tecnológico”, esa fenomenal sobrevaloración y fetichización de la ciencia y de la técnica no lo cubra todo, tras un supuesto eficientismo que no se cuestiona por los “daños colaterales” que causa la defensa de este modelo de “desarrollo” y “progreso”, y que, además, oculta con el manto del perdón y del olvido los crímenes de Estado, los genocidios y la muerte administrada.

*Erigir Auschwitz en el primer imperativo categórico de la educación, -como lo exigiera Adorno- es reconocer la fragilidad de las barreras civilizatorias y, peor aún, la fragilidad de la memoria frente al poder omnímodo de la barbarie* (Adorno 1969). De ahí que debemos superar las concepciones que promueven la indiferencia y la amnesia en la educación, también aquellas otras que reducen la pedagogía y los fundamentos de la educación a los simples *preciosismos didactistas* que hoy tanto seducen y convencen a los educadores y toda esa enmarañada charlatanería creada alrededor de la llamadas “pedagogías de la informática”, del “constructivismo” y de esa sofistería virtual y telemática que ha convertido las ayudas y los medios, en los fines prioritarios del saber y la cultura. La educación para la autonomía es y será la más preciada opción emancipadora y libertaria de los maestros, frente a quienes están convencidos de que hemos llegado al fin de la historia.

Contra la desigualdad, la exclusión y la marginalidad, y contra el prepotente discurso de los

vencedores, siempre estará presente el testimonio y la narración de los vencidos. Narración y testimonio que no puede reducirse a la simple “información”, lo que no es más que la expresión -según W. Benjamin- del consolidado dominio de la burguesía, que cuenta con la prensa, y en general con los medios de comunicación, como uno de los principales instrumentos del capitalismo avanzado. Para ese tipo de información, evanescente y transitoria, de nada sirve la memoria ni el recuerdo, que por el contrario expresan la experiencia, el dolor y los conocimientos vivenciales de esos grupos humanos históricamente maltratados y expoliados. Memoria del sufrimiento y el dolor no reparados, y sobre la cual se tendrán de establecer las posibilidades de presentar “cuentas de cobro”.

Benjamin asume que la recuperación del pasado no se logra mediante la repetición, sino mediante la incidencia de ese pasado en el presente. Esto es, rompiendo la desfiguración que de los acontecimientos históricos han hecho los narradores oficiales, que sólo buscan “legitimar” y eternizar un dominio y un poder. El profesor Omar Rosas, de la Universidad Nacional de Colombia, en un ensayo sobre Benjamin (Rosas, O. 1999, 188) dice: *A través de una idea de la historia que propone el progreso como un movimiento continuo y favorecedor de ciertas minorías históricas, la eterna dominación de los “afortunados” en la historia ha devenido argumento de derecho.* Por ello es imprescindible, entonces, en-

tender que la historia no es una herencia de los vencedores, que es factible reclamar la restitución de los derechos pendientes de los vencidos, y que el sufrimiento puede ser redimido si se superan las nociones de “progreso”, de rendimiento y de productividad, en que se sustenta esa historia “heroica” de los vencedores.

Las fronteras de la escuela deben derribarse -así como las de todas las concentraciones-, para escuchar las voces de los pueblos vencidos, para ampliar los espacios de la diferencia y garantizar la alternativa de los conocimientos subyugados, que habrán de enfrentar esa pedagogización del mundo de la vida, que busca la homogeneidad cultural y el “pensamiento único”, en estas sociedades del capitalismo tardío.

Es posible hacer del porvenir algo distinto a la simple prolongación del presente, si se logra desplazar la dinámica social hacia la subjetividad, si se logra liberar al hombre de la economía; pasar de la objetividad economicista al desarrollo de la conciencia crítica y autónoma, es decir, si se propone una renovación radical de las necesidades, si se promueve una educación que abarque no sólo la cultura instrumental, material y tecnológica, sino una cultura inmaterial (espiritual) que nos lleve a la superación de las necesidades compensatorias y de la conciencia subalterna (R. Barho 1980). Para cumplir con esto se deben confrontar las ideas de progreso con destructividad, de

productividad con represión y de satisfacción de necesidades, manteniendo, en otro extremo, la miseria y las carencias. Se deben sustituir, en la pedagogía, el ideal consumista y los principios de rendimiento y eficiencia, por la validez del humanismo, de la solidaridad y la dimensión estética del hombre.

Esta vida moderna que se nos ha enredado tanto, que se ha vuelto tan especializada, tan competitiva y consumista, ha querido cargar sobre el sistema educativo una serie de exigencias que lo desvirtúan y equivocan, centrándolo tan sólo en los intereses compensatorios y olvidando por completo los intereses emancipatorios y la formación de seres humanos integrales, sensibles y multidimensionales. Tenemos que retornar a la senda perdida de la pedagogía y entender, que *el sentido de la educación es hacer frente a la barbarie, o dicho positivamente, enseñar a vivir humanamente.*

## Bibliografía

- Adorno, T. (1969): *Consignas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Agamben, G. (2001): *Medios sin fin. Notas sobre la política*. Valencia: Pre-textos.
- Agamben, G. (2003): *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
- Arendt, H. (1999): *Eichmann en Jerusalem. Un estudio sobre la banalidad del mal*. Barcelona: Lumen.
- Bahro, R. (1980): *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*. Madrid: Alianza.
- Brech, B. (1978): *Preguntas de un obrero ante un libro*. En *Antología de poesía revolucionaria*. Medellín: Aurora.
- Eliade, M. (1992): *Lo sagrado y lo profano*. Barcelona: Labor.
- Foucault M. (1983): *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. México: Siglo XXI.
- Foucault, M. (2000): *Los anormales. (Ciclo lectivo 1974 – 1975)*. México: F. C. E.
- Foucault, M. (2001): *Defender la sociedad (Ciclo lectivo 1975 - 1976)*. Buenos Aires: F. C. E.
- Gantiva, J. (1999): *La reconstrucción del movimiento pedagógico*. En revista *Educación y cultura* número 50. Bogotá: Ceid-Fecode.

- Kertész, I. (2002): *Un instante de silencio en el paredón. El holocausto como cultura*. Barcelona: Herder.
- Mate, R. (2003): *Memoria de Auschwitz. Actualidad moral y política*. Madrid: Trotta.
- Mèlich, J.C. (2000): *Narración y hospitalidad*. En *Análisis 25*. Barcelona: Universidad Autónoma.
- Mitscherlich, Alexander y Margarete (1973): *Fundamentos del comportamiento colectivo*. Madrid: Alianza
- Nietzsche, F. (2000): *El gay saber o La gay ciencia*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Rosas, O. (1999): *Walter Benjamin: Historia de la experiencia y experiencia de la historia*. En revista *Argumentos* número 35/36. Bogotá: Argumentos.
- Sennett, R. (2000): *La corrosión del carácter. Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Sontag, S. (2004): *Ante la tortura de los demás*. En revista *El malpensante* número 55. Bogotá.
- Trilla, J. (1993): *Otras educaciones*. Barcelona: Antrhopos.
- Zamora, J. (2003): *Políticas del cuerpo*. En *Iglesia viva* número 216. Madrid.



Cualquier debate sobre ideales de educación es vano e indiferente en comparación con este: que Auschwitz no se repita. Fue la barbarie, contra la que se dirige toda educación.

Theodor Adorno